



Guillaume

**MUSSO**

L'instant présent

Roman

**XO**  
EDITIONS

# L'Instant présent (En este instante)

*El amor tiene dientes y sus mordidas no curan jamás*

Stephen King

## La historia de nuestros miedos

*La historia de nuestra vida es la historia de nuestros miedos.*

Pablo de Santis

**1971**

- No tengas miedo Arthur. ¡Salta! Yo te atraparé en el aire.

- Ehh... ¿estás seguro, papá?

Tengo cinco años. Las piernas en el vacío, estoy aferrado a lo más alto de la cama que comparto con mi hermano. Con los brazos abiertos, mi padre me mira con expresión benévola.

- ¡Vamos muchacho!

- Pero tengo miedo...

- Yo te atraparé..., ya te lo he dicho; tienes confianza en tu padre, ¿no?

- Sí, pero...

- Entonces, ¡salta, campeón!

Durante algunos segundos todavía dudo; luego, con una gran sonrisa me lanzo por los aires, listo para aferrarme al cuello del hombre que más amo en el mundo.

Pero en el último instante, mi padre recula voluntariamente dando un paso atrás y aterrizo en el suelo; mi cara y mi cabeza golpean dolorosamente sobre el parquet.

Tardo un momento en levantarme, aturdido.

La cabeza me da vueltas y el hueso de mi mejilla está amoratado. Antes de estallar en llanto, mi padre me enseña una lección que no olvidaré jamás.

- En la vida no debes confiar en nadie, ¿comprendes Arthur?

Lo miro, aterrorizado.

- EN NADIE-, repite él con una mezcla de tristeza y furia contra sí mismo. -Ni siquiera en tu propio padre.

## Primera parte

# El Faro de los 24 vientos

## Lighthouse

*Me pregunto qué es lo que el pasado nos reserva.*

Francoise Sagan

1

**Boston**

## Primavera de 1991

El primer sábado de junio, mi padre apareció en casa de improviso cerca de las 10 de la mañana. Traía un pan y unos *cannoli au citron* que su mujer había preparado para mí.

- ¿Sabes qué, Arthur? Podríamos pasar el día juntos-, propuso encendiendo la máquina de café expreso como si estuviera en su casa.

No lo veía desde la Navidad pasada. Acodado en la mesa de la cocina contemplé mi reflejo en los cromos de la tostadora. No me había afeitado y mi mirada denotaba falta de sueño y abuso del Apple Martini. Me había vestido apenas con una remera vieja de mis años de liceo y un calzón de Bart Simpson. La noche anterior, después de 48 hs de guardia había tomado algunos tragos de más en el Zanzi Bar con Verónica Jelenski, la enfermera más bonita y más lanzada del Massachusetts General Hospital.

La bella polaca había pasado conmigo parte de la noche, pero tuvo la buena idea de largarse dos horas antes, llevando su pequeño sachet de hierba y su papel de cigarros, evitando así un enojoso encuentro con mi padre, uno de los jefes del departamento de cirugía del hospital donde ambos trabajábamos.

- Un doble expreso, el mejor golpe de efecto para comenzar la jornada-, afirmó Frank Costello poniendo una taza delante de mí.

Abrió las ventanas para airear el ambiente en el que persistía un fuerte olor a marihuana pero se abstuvo de todo comentario.

Mordí una galleta mirándolo de reojo. Había cumplido cincuenta años hacía dos meses, pero a causa de sus cabellos

blancos y las arrugas que surcaban su rostro, aparentaba 10 o 15 más. Sin embargo, conservaba un buen porte y una mirada azul a lo Paul Newman. Esa mañana, había cambiado su ropa de marca y sus mocasines a medida por un viejo pantalón kaki, un pull de camionero y unos zapatos pesados de cuero.

- Los aparejos están en la pick up-, me lanzó bebiendo su café. -Si salimos enseguida, podemos estar en el faro al mediodía. Podemos pescar por la tarde y si la pesca es buena preparar el pescado en papillotes con un poco de aceite de oliva, ajo y tomate.

Me hablaba como si nos hubiéramos visto el día anterior. Sonaba un poco falso, pero no era desagradable. Mientras yo degustaba mi café a pequeños sorbos, me preguntaba de dónde le habría venido esa repentina necesidad de compartir tiempo conmigo.

Estos últimos años, nuestras relaciones habían sido cuasi inexistentes. Yo estaba por cumplir 25 años. Era el benjamín de una familia de dos muchachos y una chica. Con el acuerdo de mi padre, mi hermano y mi hermana habían terminado por hacerse cargo de la empresa familiar creada por mi abuelo –una modesta agencia de publicidad en Manhattan- y la habían hecho prosperar lo suficiente como para estar a punto de venderla en las próximas semanas a un gran grupo de comunicaciones.

En cuanto a mí, siempre me había mantenido al margen de esos asuntos. Formaba parte de la familia, pero “de lejos”, un poco como esos parientes bohemios que viven en el extranjero y a quienes uno se encuentra el día de la cena de Acción de gracias. A decir verdad, en cuanto había tenido ocasión, me fui a estudiar lo más lejos posible de Boston: un *pre med* en Duke, en Carolina del Norte, cuatro años de escuela de medicina en Berkeley y un año de internado en

Chicago. Había vuelto a Boston hacía algunos meses para hacer mi segundo año de residencia en medicina urgentista. Trabajaba casi 80 hs por semana, pero amaba esta actividad y su adrenalina. Amaba la gente y amaba trabajar en la urgencia y enfrentarme con esa realidad que podía ser a veces brutal. El resto del tiempo ahogaba mi melancolía en los bares del Nort End, fumaba hierba a veces, y me acostaba con chicas bizarras y poco sentimentales del tipo de Verónica Jelinski.

Durante mucho tiempo, mi padre había desaprobado mi modo de vida, pero yo no le había dejado ángulos de ataque: había financiado mis estudios sin pedirle un solo centavo. A los 18 años, luego de la muerte de mi madre, había tenido la valentía de dejar la casa y no esperar nada más de él. Y este alejamiento no parecía haberle pesado. Se había vuelto a casar con una de sus amantes, una mujer encantadora e inteligente que tenía el mérito de soportarlo. Yo los visitaba un par de veces por año y este ritmo parecía convenirle a todo el mundo.

Por eso esa mañana, mi sorpresa fue aún mayor. Como un genio salido de una botella, mi padre aparecía de nuevo en mi vida, tomándome de la manga y llevándome por el camino de una reconciliación que ya no esperaba.

- Bueno, te tienta la partida de pesca, ¿sí o no?-, insistió Frank Costello, incapaz de disimular por más tiempo su irritación frente a mi silencio.

- De acuerdo, papá. Dame tiempo como para ducharme y cambiarme.

Satisfecho, sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y encendió uno con un viejo encendedor plateado que yo le conocía.

No disimulé mi sorpresa:

-Después de la remisión de tu cáncer de garganta, pensé que lo habías dejado...

Su mirada de acero me traspasó.

- Te espero en la pick up-, respondió levantándose de la silla mientras exhalaba una larga bocanada de humo azul.

## 2

El trayecto de Boston hasta el este de Cap Cod tomó menos de una hora y media. Era una bella mañana de fin de primavera. El cielo estaba claro y el sol inundaba el parabrisas con partículas doradas que flotaban sobre el tablero. Fiel a sus costumbres, mi padre no se ocupó de mantener una conversación, pero el silencio no me pesaba. Él amaba conducir su vieja pick up Chevrolet los fines de semana escuchando siempre los mismos cassetes en el autoestéreo: lo mejor de Sinatra, un concierto de Dean Martin y un oscuro álbum de country grabado por los Everly Brothers a final de su carrera. Pegado en el vidrio de atrás, un calco promocionaba la candidatura de Ted Kennedy para la campaña senatorial de 1970. De un tiempo a esta parte mi padre jugaba a ser un tipo humilde, pero era uno de los cirujanos más reputados de Boston, y además tenía participaciones en una empresa que valía varias decenas de millones de dólares. En los negocios, todos los que se habían dejado engañar por su personaje de pobre tipo se habían dado cuenta demasiado tarde.

\*\*\*\*\*

Atravesamos Segamore Bridge, y luego hicimos unos 40 km antes de parar en Sam's Seafood para comprar unos *lobsters rolls*, papas fritas y un paquete de cerveza rubia.

Era apenas pasado el mediodía cuando la camioneta se introdujo en la calzada de gravilla que conducía a la punta norte de Winchester Bay.

El lugar era salvaje, rodeado por el océano y las rocas, y casi constantemente batido por el viento. Era allí, sobre un terreno aislado y delimitado por rocas escarpadas, que se encontraba *24 Winds Lighthouse*: el Faro de los 24 vientos.

El antiguo edificio de señalización era una estructura octogonal de madera de unos doce metros. Se elevaba junto a una casa de madera pintada de blanco y recubierta de un techo en punta de tejas de pizarra gris. Los días de sol era una agradable residencia de vacaciones, pero bastaba con que se nublara o que cayera la noche y el cuadro de postal cedía el paso a uno sombrío y onírico digno de Albert Pinkham Ryder. La construcción estaba en la familia desde hacía tres generaciones. Mi abuelo, Sullivan Costello, la había comprado en 1954 a la viuda de un ingeniero aeronáutico que la había adquirido a su vez en una venta efectuada por el gobierno americano en 1947.

Ese año, por falta de fondos, el estado federal se había desprendido de varios cientos de lugares que no revestían importancia estratégica para el país. Era el caso de *24 Winds Lighthouse*, que se había vuelto obsoleto luego de la construcción de un faro moderno sobre la colina de Langford, unos 15 km al sur.

Orgulloso de su adquisición, mi abuelo se puso a la tarea de renovar el faro y su casita para transformarlos en una confortable residencia secundaria. Fue entonces, mientras

realizaba estos trabajos, cuando había desaparecido misteriosamente a comienzos del otoño de 1954.

Habían encontrado su coche estacionado delante de la casa. El Chevrolet Bel Air estaba con el techo descapotado, y las llaves puestas sobre el tablero. A la hora del almuerzo Sullivan tenía la costumbre de ir a sentarse en las rocas a comer un sándwich. Se llegó a la rápida conclusión de una caída accidental al mar. A pesar de que la marea jamás había devuelto su cuerpo, mi abuelo fue declarado muerto, ahogado en las costas de Maine.

Aunque yo no lo conocí, había escuchado a los que lo habían frecuentado describirlo como un personaje original y pintoresco. Yo había heredado como segundo nombre el suyo, y como mi hermano no lo había querido, era yo quien llevaba su reloj, un *Tank Luis Cartier* de los años 50, con caja rectangular y agujas de acero azul.

3.

- ¡Lleva la bolsa de papel y las cervezas, que se van a calentar con el sol!

Mi padre cerró la puerta de la pick up. Observé que llevaba bajo el brazo la cartera de cuero que mi madre le había regalado cuando yo era niño en ocasión de un aniversario de casados.

Apoyé las cosas sobre la mesa de madera cerca de la barbacoa de ladrillos construida a unos diez metros de la casa. Después de 20 años, estos muebles de jardín, mesa y sillas, resistían quién sabe cómo, los embates de la intemperie. Mientras yo comenzaba a desenvolver los lobsters rolls, mi

padre sacó de su bolsillo un cuchillo con el que destapó una Budweiser y se sentó en una de las sillas de cedro rojo.

- ¡A tu salud!-, dijo, arrojándome una botella. Yo la atrapé y fui a sentarme a su lado. Cuando saboreaba el primer trago de cerveza vi en sus ojos una expresión inquieta. El silencio seguía entre nosotros. Él comió apenas unos bocados de su sándwich y se apresuró a encender otro cigarrillo. La tensión era palpable, y comprendí que no me había hecho venir aquí para pasar una tranquila tarde entre padre e hijo, y que no habría partida de pesca, ni pescado a la italiana con ajo y aceite de oliva.

- Tengo algo importante que decirte-, comenzó mi padre abriendo su maletín para sacar unos documentos puestos en carpetas. Sobre cada una de ellas reconocí el logo discreto del estudio jurídico *Wexler & Delamico*, que defendían los intereses de la familia desde hacía varias décadas.

Inhaló una fuerte bocanada de tabaco antes de proseguir:

- He decidido poner en orden mis asuntos antes de partir.

- ¿De partir adónde?

Un ligero rictus le torció el labio inferior. Yo lo provoqué:

- Quieres decir... ¿antes de morir?

- Eso mismo; pero no te alegres antes de tiempo: no es algo inminente, aunque no puedo negar que el momento se acerca.

Entrecerró los ojos, buscando mi mirada antes de anunciarme con una voz neutra:

- Lo lamento Arthur, pero tú no tocarás un dólar de la venta de la empresa. Tampoco nada de mis seguros de vida o de mis bienes inmobiliarios.

Debo haber ocultado mal mi estupefacción; dentro de los sentimientos que me invadieron, la sorpresa dio paso a la cólera.

- Si es para decirme eso que me has hecho venir hasta aquí, podrías no haberte molestado. Me cago en tu dinero, ya deberías saberlo...

Inclinó la cabeza para señalar los documentos en las carpetas de cartón que había dejado sobre la mesa, como si no hubiera entendido una palabra de lo que acababa de decirle.

- He tomado las disposiciones legales para que la totalidad de mi patrimonio pase a tu hermano y tu hermana...

Cerré los puños. ¿A qué venía este juego perverso? Que mi padre me desheredara, no me extrañaba, pero ¿por qué organizar semejante escena para anunciármelo?

Él inhaló una nueva bocanada de tabaco.

- Tu única herencia...

Apago la colilla con el talón, dejando sin terminar la frase, como para crear un suspenso que yo encontré malsano.

- ...Tu única herencia será *24 Winds Lighthouse*-, afirmó, señalando la casa. -Este terreno, la casa, el faro...

Se levantó viento, provocando a nuestro alrededor una nube de polvo. Hundido en la sorpresa más absoluta, me hicieron falta algunos segundos para reaccionar.

- ¿Qué quieres que haga yo con esta bicoca?

Cuando abrió la boca para darme precisiones, le sobrevino una tos inquietante. Yo lo miraba, arrepintiéndome ya de haberlo seguido hasta aquí.

- Es tomarlo o dejarlo, Arthur-, me previno, retomando el aliento. - Y si aceptas esta herencia te comprometes a respetar dos condiciones. Dos condiciones no negociables.

Hice ademán de levantarme pero él prosiguió:

- En primer lugar, debes comprometerte a que jamás venderás esta propiedad. ¿Lo entiendes? JAMÁS. Este faro debe quedar en la familia. Para siempre.

Irritado, pregunté:

- ¿Y la segunda condición?

Se restregó lentamente los párpados y suspiró largamente.

- Sígueme-, anunció, levantándose de la silla.

Le seguí los pasos de mala gana. Me condujo a la antigua vivienda del guardián del faro. Era un pequeño espacio rústico, húmedo y con olor a encierro. Las paredes estaban decoradas con elementos de pesca, así como con pequeños cuadros de artistas locales que representaban paisajes de la región. Sobre la chimenea había una pequeña lámpara de petróleo y un velero en miniatura dentro de una botella.

Mi padre abrió la puerta del corredor que comunicaba la casa con el faro pero en lugar de tomar las escaleras que conducían a la torre, levantó una tapa de madera que permitía acceder al sótano.

- Ven-, ordenó sacando una linterna de su bolsillo.

Cuando bajamos y accionó el interruptor de la luz, descubrí un lugar rectangular, de techo bajo, con muros rugosos de ladrillos. Cubiertos de telas de arañas, varios toneles que parecían de vino y cajas de madera se apilaban desordenadamente en un rincón, tapados de polvo. Una red de cañe-

rías vetustas corrían a la altura del techo. A pesar de la prohibición expresa, yo recordaba muy bien haber venido a explorar este lugar con mi hermano cuando éramos niños. Luego mi padre nos había aplicado un castigo que nos había disuadido de volver a poner los pies allí.

- ¿A qué estás jugando, papá?

Por toda respuesta, sacó una tiza blanca de su bolsillo y trazó una gran cruz sobre uno de los muros, luego señaló el símbolo con el dedo.

- A este nivel, detrás de la pared de ladrillos, hay una puerta metálica.

- ¿Una puerta?

- Un pasaje, cuyo acceso amuré hace más de treinta años.

Fruncí el ceño.

- ¿Un pasaje hacia dónde?

Mi padre eludió la pregunta y tuvo un nuevo acceso de tos.

- Esa es la segunda condición, Arthur-, dijo retomando el aliento. -Jamás debes intentar abrir esa puerta.

Durante un momento creí verdaderamente que estaba senil. Tenía otras preguntas que hacer, pero él se apresuró a cortar la corriente eléctrica y a abandonar la cava.